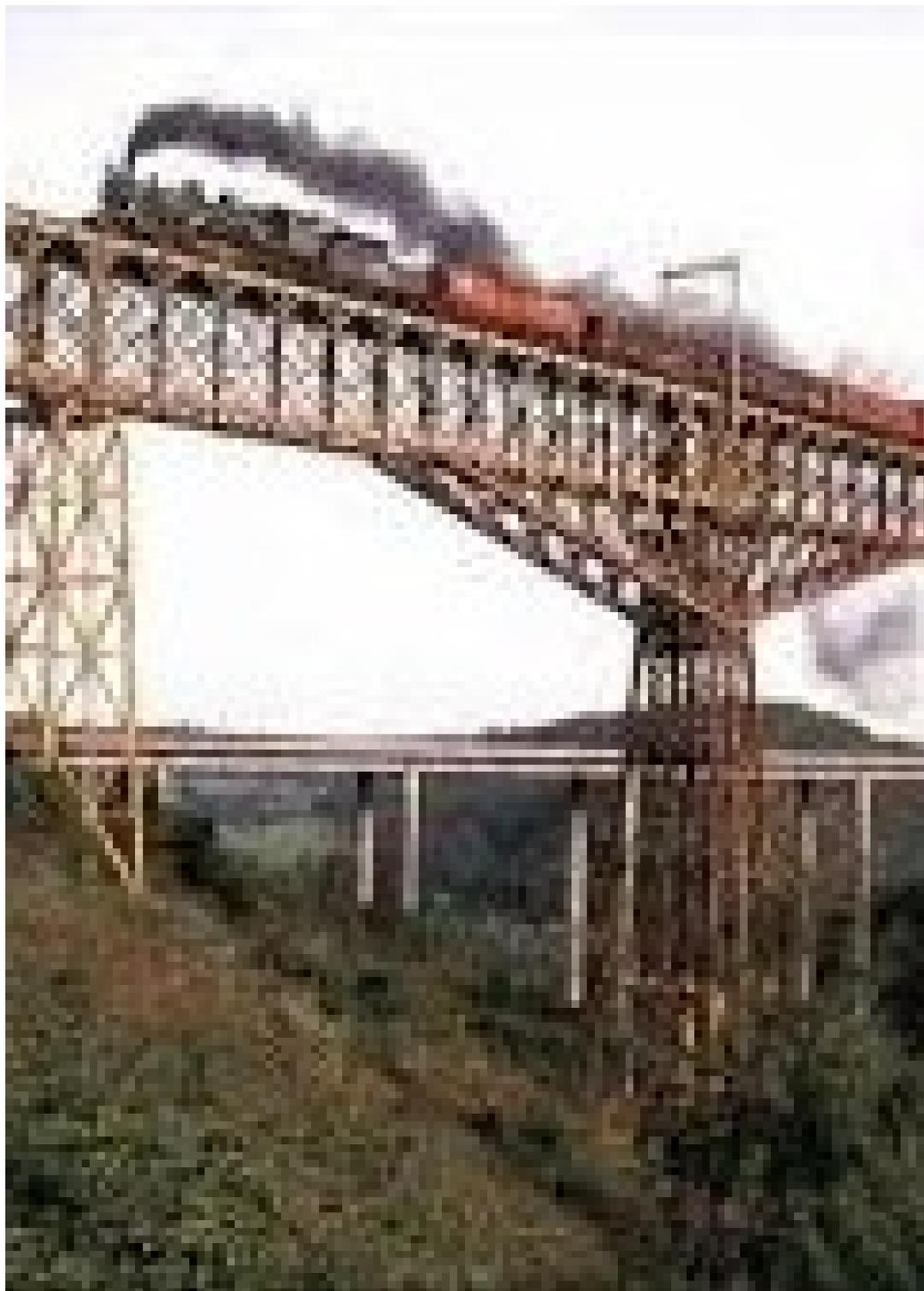


AMANDO A AMANDA

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Amando a Amanda

Poco a poco, iba notando que la penumbra que nos envolvía a Amanda y a mí metidos dentro de la cama, se iba tornando lentamente más clara, y podía vislumbrar que ella, en su respiración pausada y relajada, dormía plácidamente.

Notaba el calor de su cuerpo pegado al mío y aunque yo seguía teniendo sueño, no quería dormir para no perderme esa sensación del calor que se disipaba a través de su piel suave. Ojalá no acabara de amanecer para que ella no se buscara la excusa de su trabajo para levantarse y dejarme allí, solo.

Una muy ligera vibración de su espalda pegada a mi pecho y que sólo yo podía percibir tras tantos años de dormir juntos, me indicaba que recién había separado sus párpados, molesta por mi abrazo que era otra súplica más pidiéndole con ella que no me abandonara.

Ya no me atrevía a insistirle con la palabra que quería seguir con ella, que la seguía amando como el primer día porque cuanto más rebajado me viera por mi dependencia, por la necesidad de que me quisiera también aunque no fuera como cuando empezamos a conocernos..., más repudio le originaría.

Por mis ruegos insistentes, un día se casó conmigo deseando que yo fuera su hombre ideal, aunque su instinto de mujer le decía que no, que no era suficiente con que yo la amara tanto, y que no estaba en mí el hombre que buscaba. Confundí el amor, con mi amor. Confundí su agradecimiento, con el amor que nunca sintió, aunque no perdí la esperanza de que en algún momento, le saltara esa chispa que diferencia entre querer, y amar. Verbos que a veces mezclamos porque en sus formas se parecen, pero no en su fondo.

Querer..., podemos querer a muchas personas y por muchas razones, hasta por lógica. Amar, en una mujer, es un verbo indómito, impredecible, percedero, injusto, excluyente, que desdibuja los contornos reales de la persona amada y la redibuja para que se ajuste a eso que no sabe bien qué se busca.

Ante sus dudas, yo quería que Amanda me midiera, me pesara, analizara mis ventajas, que no bebía, que no fumaba, que fuera benevolente con mis defectos, y que comparando como en un balance, mi debe con mi haber, éste último saliera ganando, cuya diferencia quedaba

recogida en la partida de mi beneficio neto. Y al final, al menos, conseguí que me quisiera. Un sentimiento que le ayudó a seguir adelante conmigo, pero sin que sintiera que la llevaba al lugar mágico que ella esperaba encontrar.

Quizás, no exista ni ese hombre que sueñan, ni el lugar anhelado, pero Amanda necesitaba sentir que así estaba sucediendo sin importarle que de hallarlo, no fuera para siempre. Pero era la meta en la que deseaba llegar a vivir, algún día.

Y yo, me fui falseando para ser la imagen que ella buscaba intentando engañarla antes de hora, pretendiendo que usara su sentido práctico de la vida, el lógico, el acomodado. Sólo que éste les llega mucho más tarde, una vez que ya han consumido el tiempo mágico del amor.

Amanda, la mujer joven, no tenía porqué conocer el normal devenir de la vida, ni saltarse la etapas que se van sucediendo y por eso no le valían mis cálculos, las matemáticas sobre mí mismo, ni el cuántas querrían lo que yo le ofrecía. Amanda no quería saber: quería, sentir.

Ya noto que se va a levantar y mi abrazo blando para no molestarla, no le gusta por esa misma razón, y lanza un respiro hondo de fastidio que le sale sin saber porqué. Acto seguido, suelta una pequeña queja de niña insatisfecha, aparta mi brazo haciendo sólo un amago de como que se va a levantar..., pero se queda en el sitio. Sabe que estoy despierto, que no voy a protestar haga lo que haga con tal de que su piel, no se separe de la mía. Ni ahora..., ni nunca.

Refunfuña un poco y, con su pie, empuja mi pierna que le da calor, o le pesa. Y yo, la aparto aunque me duela su brusquedad sin motivo, a cambio de nada que yo pueda comprender, o que quiera comprender. Tomo aire, y me decido:

"¿Ya te tienes que levantar...? Aún no son las 7. Faltan 15 minutos, quédate por favor", le pido. Siempre le pido, no puedo evitarlo, sabiendo que ella querría que se lo exigiera, que le marcara cómo me gustaría a mí que fueran las cosas entre nosotros, y lo que ella debiera de hacer. Nunca sé si ella sabe eso, o no. Es posible que quiera ambas cosas a la vez: un exigente compañero sumiso.

Pero tengo miedo de que con cualquier excusa, con algún pequeño choque entre ambos, se atreva a decirme lo que me resisto a tener que escuchar algún día: que no me soporta más, y que se va para no volver. Porque sé que es esa la decisión que quiere tomar, pero le doy lástima. Y aguanto aunque sea duro estar por lástima, por compasión.

Si al menos hubiera otro hombre en su vida, lo vería como menos cruel que se fuera. Porque yo entiendo de inversiones, es mi trabajo, y si yo

valgo 100, pero el otro valiera 180..., pues sería lógico que desinvertiera de mí, y apostara por lo de más valor. Pero sin un rival que me haga una merecida sombra y aún así me deja, pondría en evidencia que mi valor para ella soy, 0. Por eso callo, aguanto, hago como que no me humilla cuando resopla por cualquier pequeña tontería mía que le contradice, para que aguante un poco más y así, esta noche de nuevo, la vuelva a sentir a mi lado.

"Muerta de sueño estoy. Te he tenido toda la noche encima mío, y no me he podido ni revolver en la cama, con el calor que me has dado. Tienes tu mitad de cama: úsala, coño. Que si no, cuando la tiremos, tu lado de cama seguirá estando como el primer día. Me levanto, que ya es la hora", dice molesta aunque siga sin apartar la ropa de la cama que la cubre.

"Aún faltan tres minutos", me atrevo a contradecirla.

"Paso, Eduardo. Estaré mejor levantada. Quédate tú, que aún no es tu hora", me dice en un tono, que no sé si es un reproche porque me quedo, o porque me puedo quedar, como si yo tuviera la culpa de entrar a trabajar a las 9.

"¿Quieres que me levante a hacerte el desayuno?. No tengo sueño", le digo para que no vaya tan deprisa y corriendo, como cada día.

"Como no tienes sueño, me puedes hacer el desayuno. ¿Y si lo tuvieras..., ya no te levantarías a hacérmelo, o qué? Todos los hombres sois iguales: al principio, no sabéis que hacernos pero, luego..., ahí te pudras. No, gracias, que me lo haré yo. Ya estoy acostumbrada", y sale desnuda de la cama con su hermoso cuerpo de mujer, puesto por encima.

"Mujer..., quería decir que no lo sintieras por mí si te lo hacía, que no me iba a costar ningún esfuerzo...", le digo cuando ya oigo que ha cerrado la mampara de la ducha. Me quedo quieto. Tampoco es tan raro que esté así conmigo porque siempre ha tenido muy mal despertar. Bueno, al principio de nuestra relación, no. Ya oigo que ha abierto el grifo. Esperará a que salga el agua a la temperatura que le gusta y luego, ya, dejará que le corra por su cuerpo abajo. El agua, tiene más suerte que yo. Pero hasta que no termine, se ponga las cremas y se seque el pelo..., no voy a entrar al cuarto de baño porque dice que le estorbo, me ponga donde me ponga.

Hay que conocerla y sé que cuando ha terminado, ya está relajada y se le puede hablar de cualquier cosa. Sobre todo, si tiene tiempo para tomarse el desayuno tranquilamente. Así que es entonces, cuando le hablo de mis cosas, a las que me va diciendo a todo que sí con la cabeza, porque le encantan las tostadas con mantequilla y está más pendiente de

ellas, que de lo que yo le cuento. La cocina guarda una aroma a café y a Amanda, que durará más allá de que ella ya se haya ido.

Veo el post-it de tamaño mediano pegado en la puerta del frigorífico, donde ha apuntado mis tareas para hoy. Su letra es mandona y de las que no admiten un "no puedo" por respuesta. Denota velocidad en su escritura erizada, pinchuda, e ideas claras sobre lo que quiere de mí. Así que estoy acostumbrado a poner cuidado en hacer todos los recados, y aunque no me puntualiza las cosas y se podrían interpretar sus deseos de varias maneras, como la conozco, acierto en lo que quiere. No le hace mucha gracia cuando vuelve a casa y ve que no me he dejado nada sin hacer, al comprobar con la nota del frigo que todo está tal cual lo ha pedido. Para evitar problemas, si me dice que compre "patatas", compro un bolsa de malla de patatas y otra de patatas fritas. Cuando eso, vuelve a mirar en la nota a ver qué había puesto ella, y al ver que no especificaba más, mira la dos bolsas, me mira de reojo por habérsela jugado a dobles, calla, y sigue repasando. Trago saliva porque sé que de vacío, no me va a dejar marchar.

"Muy bien..., pero podrías haber visto que no teníamos Coca-Colas, aunque no te lo haya puesto yo, que tú ves cada día lo que hay en el frigorífico o, no". Aunque no sea justo su reproche, yo prefiero que me lo haga porque así, ella, se queda como más tranquila.

Yo creo que algo..., sí que me quiere. Si no, su comportamiento conmigo sería como más indiferente y le daría todo igual, como lo de que no se me ocurriera comprar por mi cuenta unas latas de refresco que ella no me había encargado. Por eso mantengo mi esperanza en retenerla, en que pase el tiempo y éste sea mi cómplice en esa delicada tarea de colocar una inestable torre hecha a base de dos fichas de dominó por planta, porque así es nuestro desigual amor: yo soy el romántico y, ella..., la apasionada que no se manifiesta. Bueno, lo que sí manifiesta es..., que conmigo no puede desarrollar toda esa pasión que lleva dentro sin que la haya tenido que aprender en ningún libro.

No creo que tenga otro amor en el que encuentre lo que yo no le puedo dar y que no sé qué es, por mucho que me empeño. Porque yo trato de darle todo lo que desea, anticipándome incluso a que me lo haga saber. Si veo que mira con detenimiento el anuncio de un concierto de música por internet, me quedo con la copla y, a los días, le digo:

"¿Sabes que dentro de 20 días, toca en el Auditorio la Orquesta Sinfónica de Bratislava? (sólo es, un ejemplo) ¿Te gustaría que fuéramos?", y se lo digo así, como quien no quiere la cosa para que no capte que la quiero engatusar porque, si no, ya se ha jodido. Y sin darse cuenta, de repente la veo contenta y me dice que sí, sí, sí..., y hasta me abraza sin apretarme demasiado para que ni se me ocurra venirme arriba. Pero no quiero desaprovechar la ocasión y yo la abrazo más fuerte, la

aprieto contra mí para sentir su pelo negro rozando mi cara, y ese aroma que tiene, que sólo huele a Amanda.

Ya sé que esas entradas, sólo son algo que se compra con dinero, y que a nuestros ingresos, ella aporta mucho más que yo porque tiene un buen sueldo fijo mientras que mis ganancias fluctúan en función de los beneficios que consigo para mis clientes en la Agencia de Inversiones para la que trabajo como asesor autónomo. Sólo los meses con una buena racha en los diferentes mercados de valores, yo gano más que ella. Así que se puede decir que casi es ella la que me invita a mí a ese concierto, a las obras de teatro, o al cine. Aún no me explico por qué no puede ser feliz conmigo. O por qué no me lo hace saber si lo es, porque le he dado todo..., siempre. Y ella, seguro que tiene que notar cómo la quiero. Quizás, Amanda debería esforzarse un poquito más en quererme a mí, también. No lo sé.

Y ya digo que yo no creo que tenga un amante, porque la observo cada día, miro su móvil desde una distancia prudencial, cuando se ilumina por una llamada, o suena un whatsapp, y nunca corre a cogerlo, ni se aparta de mí para hablar, o escribir la contestación. Y el móvil, lo deja en cualquier parte, como no importándole que yo lo pueda mirar.

"¿Y no será que lo sabe hacer muy bien, y los contactos de ese amante imaginado los tiene con otro móvil que yo no controlo?", me pregunto cuando intento cuadrar que si no es feliz conmigo, por qué se iba a conformar con nuestra anodina vida, siendo lo guapa que es y con la cantidad de hombres interesantes que se relacionará en su trabajo. Le tienen que tirar los tejos, a diario. Y, sí, tiene el móvil del trabajo, pero ése siempre lo guarda en el bolso cuando está en casa, que se queda en el armario al llegar. No, no me creo la teoría de otro amor, porque tendría un brillo distinto su mirada.

Y lo sé, porque Marisa, una compañera de trabajo mía, casada, tiene un lío con uno de los abogados de un bufete que está en nuestro mismo edificio de oficinas, dos plantas más arriba. Y cuando él la llama, ella, se transfigura. Se le amplía la sonrisa hasta más allá de su cara, y los ojos le brillan como si llevara encendidas las largas. Y no es que sea una cría, no, que ya tiene 41 años, pero cuando sale de su despacho tras hablar con él, camina por la oficina como flotando. Aunque se cierra la puerta para hablar, como sus paredes son de cristal, todos nosotros la observamos y nos miramos sonriendo maliciosamente, porque ella cree que nadie ha notado nada. Y las paredes no oyen..., pero ven.

¿Puede amar Amanda?, me pregunto a veces. Amar como ama mi compañera Marisa, con una ilusión semejante en la que estás deseando sólo que todo lo del día termine para juntarte con la persona que llena tu

mente y quieres que llene tu vida.

Pienso que no, que así no sabe amar Amanda. Como si algo le impidiera dejarse llevar por ese sentimiento, como si tuviera miedo a mostrar un lado débil de su personalidad porque amase, como si estuviera entregando a la otra persona, a mí, una parte de sí misma, que es lo que hacemos la mayoría cuando estamos enamorados. Yo, es que no he tenido hacia ella otro sentimiento que ése, y por eso cedo, por eso le doy, por eso no le exijo sino que le ruego cada beso, cada abrazo, cada vez que hemos hecho el amor aunque yo creo, que ella..., sólo ha follado conmigo cuando su cuerpo se lo ha pedido sin llegar a una fusión de las dos almas, como la que encuentran los que se quieren.

Ahora, oigo su llave en la cerradura. Amanda, abre la puerta de la casa y entra. Viene de trabajar y seguro que estará cansada, no seré yo quien lo dude. Pero me lo suele hacer saber como si yo fuera el responsable de las horas que le dedica a su trabajo como arquitecta en una de las principales empresas constructoras de obra pública.

"No me digas nada, Eduardo: vengo muerta. ¿Qué has hecho de cena?", me dice sin mirarme a la cara mientras se va desprendiendo de su ropa, ni muy elegante ni demasiado informal, lo adecuado para su trabajo en el staff técnico porque la imagen, cuenta, aunque tampoco se puede ir muy encorsetada o pensarán que va allá a no dar golpe. Y por lo que me cuenta, le toca arremangarse y pisar esas obras faraónicas donde las personas parece hormigas entregadas sólo al trabajo, como si fueran autómatas. Nada que ver con la realidad: sólo es que está todo muy bien planificado para que costes y plazos de entrega, se cumplan. Hay que pelear para que eso sea posible y para eso, Amanda, vale.

"No te he dicho nada, Mandi: sé que siempre vienes cansada. Hay..., bueno, he hecho lasaña y merluza a la plancha que te la preparo en un momento", le digo.

"Sólo me comeré la lasaña: no tengo hambre. Y no emplees el tono ése de reproche porque "siempre" venga cansada. Calientame la lasaña..., por favor, mientras me doy una ducha rápida", dice quedándoseme mirando, pero no siento que sea un desafío como otras veces.

"Perdona, Eduardo..., no tienes tú la culpa. Es sólo que en una de las obras, hemos tenido un incidente grave, muy grave: el viaducto que estamos construyendo sobre un vado enorme para la autovía cerca de Mediana del Monte, ha habido un corrimiento de tierras porque ha estado lloviendo muy fuerte tres días seguidos..., llevándose las pilastras centrales, las más altas. Y ha habido un trabajador muerto y varios heridos. Mañana, tengo que ir a visitar el estado del desastre, e ir a ver a la familia del trabajador muerto y a los heridos. Estoy asustada, Eduardo", y al terminar de explicármelo, se ha echado a llorar y me ha dejado que le

abrace. Siento que me pide que la apriete más contra mí y así lo hago, mientras esconde su cara para llorar.

"Pero, Mandi..., tú no tienes la culpa, esas cosas ocurren a veces, ya sabes, se ablanda el terreno por tanta agua... y cede. Es duro por las consecuencias para los trabajadores afectados, bueno, y para la empresa, claro, pero son cosas inevitables, tú lo sabes", le digo para consolarla y para que yo pueda seguir así, protegiéndola. "Soy un cínico", me reprocho mientras continuo con mi abrazo porque sólo pienso en este momento maravilloso que estoy viviendo con ella quien, por fin, se refugia en mí, sin yo pensar ni en su dolor, ni en la muerte de ese hombre, ni tampoco en la suerte de los heridos.

"No tenía que haber pasado, no, precisamente porque sabemos que esas cosas pasan, o pueden pasar..., teníamos que haber reforzado más las laderas. Uno de los técnicos a pie de obra, ya me advirtió que no sería un terreno muy estable si se juntaban varias circunstancias adversas. Pero la obra se nos estaba yendo del plazo de entrega, y de costes. Y los técnicos, se suelen curar siempre en salud y todos quieren que gastemos más en reforzar. Y alguna vez, como hoy, tienen razón. Pero tuve miedo a enfrentarme con los jefazos y no les trasladé la petición del técnico porque me estaban presionando con las multas que tendríamos si nos retrasábamos. Y con unos costes que ya se les estaba comiendo el beneficio esperado.

Sí que fue posible hacer que no ocurriera, Eduardo..., sí que fue posible", sigue entre sollozos y siento pena por su responsabilidad, así que me hago su cómplice porque tampoco ella tiene la bola de cristal que le diga cuánto refuerzo extra tiene que ponerse para que todo aguante aunque se le sumen a una gran lluvia..., un terremoto, más un huracán, y que un Jumbo con tres terroristas, se estrelle contra la obra de mi Amanda, mientras dejo que lllore contra mi pecho porque, en medio de esa tragedia, ha rebrotado en mí la esperanza con ella.

Y la esperanza continúa a pesar de que haya pasado algo más de dos años desde aquél desgraciado accidente. El fallecido..., fallecido se quedó. Sus compañeros tuvieron más suerte y, con el tiempo, se recuperaron de sus heridas y de los huesos rotos. La viuda y las otras familias, además de cobrar los seguros correspondientes, fueron indemnizados generosa y voluntariamente por la empresa para que no se dedicaran a escarbar en un error de esos... "que le puede pasar a cualquiera". Tomaron el dinero, y olvidaron.

Además de la empresa, la gran perdedora fue Amanda, a la que los abogados de los sindicatos consideraban empresa, y sacaron a relucir los correos electrónicos que el técnico aquél le había mandado a ella para advertirle del problema. Era una táctica que seguía el técnico en cada obra en la que él estuviera al tanto de los problemas reales o posibles que le

fueran surgiendo, como tabla salvavidas para en su caso, decir un día: "ah, yo ya lo advertí". Los abogados no estaban, claro, sino presionando a la empresa utilizando a Amanda como espantajo, para conseguir ese más que obtuvieron sobre las indemnizaciones de las aseguradoras, tras un año de duras negociaciones.

Pero hasta que todo ese largo año de argucias legales y presiones de los abogados, no acabaron en un dinero contante y sonante bálsamo de la muerte y las heridas, Amanda estuvo sometida a un estrés, y a un sentimiento de culpa, que la derrotaron. Y ella, se refugió durante bastante tiempo de ese proceso, en mí. Y yo, encantado de que utilizara mi amor sin límites como si se tratara de un baño termal de burbujas que no cura, pero relaja.

Nunca como en esos más de dos años que han pasado desde todo aquello, estuve tan feliz y tan ilusionado con que ella me necesitara y sólo viví para ello y para conseguir que la lástima que por mí sentía, se transformara en agradecimiento por mis atenciones tan sinceras y, de ahí, a enamorarse de verdad..., que mediara sólo un paso. Y el paso, lo dio.

Un día, al volver de trabajar, me miró seria, o triste quizás, y me dijo la frase que yo no quería nunca tener que escuchar y para lo que llevaba trabajando tanto tiempo volcado sólo en que me notara cuánto la quería:

"Eduardo..., tenemos que hablar", que era como decirme: "no lo podemos retrasar más, ni que sigamos mezclando verbos distintos: querer, y amar", que era lo que yo sabía que nos estaba pasando pero me aferré a la esperanza de que, el uno, podría llevarnos al otro de forma natural. Porque yo quería ser amado, lo necesitaba. Hasta estuve tentado a proponerle el tener hijos para que la tela de araña de mi amor, la dejara sin escapatoria. Pero me faltó el valor porque corría el riesgo de que por querer poner obstáculos en su salida de emergencia..., antes se me fuera. Así que el tiempo, en nuestro caso, no arregló lo que teníamos mal diseñado desde el principio.

Me quedé parado viendo venir la tormenta. "¿De qué quieres que hablemos", le dije fingiendo que no sabía de qué iba esa crónica de una muerte anunciada.

"Demasiado sabes que no funciona lo nuestro. O quizás, que nos funciona de diferente manera: a ti, sí..., y a mí, no. Mira, Eduardo, yo sé que tú me amas, que has hecho todo lo posible para que a mí me ocurriera la mismo, pero no consigo que seas quien deberías de ser. No es culpa tuya, ni mía siquiera. Simplemente es..., que son así las cosas, y que siempre lo han sido. Lo he intentado, no siempre con mucho tacto, lo reconozco, pero he intentado engañarme a mí misma sobre si te amaba, o sólo te quería. Y ha salido esto último: que sí que te quiero, pero nada

más.

Así que ya lo he consultado con un abogado que se encargará del papeleo de nuestro divorcio y, con toda mi pena..., te voy a dejar", acabó con la voz ligeramente entrecortada. Espero que lo entiendas y hasta lo aceptes porque no tiene vuelta atrás. No te dejaré de querer, pero es así".

A pesar de que la película ésa ya me la había dibujado muchas veces en mi cabeza por si el momento se hiciera realidad, justo me vino cuando más confiado estaba en que la transición entre los dos verbos similares, se estaba produciendo. Sólo le dije, fingiendo sorpresa e incredulidad:

"¿Es que hay otro hombre en tu vida?"

"Sí, desde hace un año..., sí. Siento no haber podido o sabido ser sincera contigo en todo ese tiempo. Lo siento", dijo Amanda.

"Pe... pero, ¿quién es..., al... algún compañero de la oficina, alguno que conozca... yo?", le dije desconcertado no imaginando que pudiera haber otro hombre en su vida porque, a pesar de todo, tenía que seguir siendo yo, el único.

"Lo conoces, pero no, no es ningún compañero de la oficina. Es... Alfonso Galarraga", y al decir su nombre, bajó la cabeza.

"¿Al... Alfonso Galarraga..., el abogado de los sindicatos..., ése que tanto te jodió cuando te cogió a ti de chivo expiatorio contra tu empresa?", dije sin poder salir de mi asombro. Y seguí: "Pero si casi te hunde, si no tuvo piedad contigo para conseguir sus fines..."

"Sí, ése. Y es verdad, no tuvo piedad conmigo pero no por conseguir sus propios fines, sino por conseguir lo mejor, lo más, para sus clientes los afectados por la catástrofe. Es un muy buen abogado, y lo demostró. Él no tenía nada, ni contra mí, ni contra mi empresa. Pero estaba ejerciendo su papel, y sabe hacerlo muy bien. Fuera de ese papel odioso para mí al principio..., poco a poco me fue mostrando desde la primera copa a la que me invitó, a la persona que es en su conjunto y ése conjunto es una mezcla de audacia, valentía, inteligencia y... falta de escrúpulos, si es necesario. Y me enganchó sin ni yo misma darme cuenta, descubriendo que por fin, era el tipo de hombre que quería para mí, de compañero. No es más guapo que tú, ni mejor persona, ni sé si es el que siempre seguirá haciendo latir tanto mi corazón, como cuando ahora estoy con él. Pero sé, que es él. Ahora..., ya lo sé", dijo, esta vez sí, muy seria..., para tapar la lástima que el Eduardo derrotado, le daba.

Desde esta conversación, inicio del fin, ha pasado ya un año. Y rememoro todo eso, cada noche, o cada amanecer, cuando alargo la mano

echado en mi cama donde, Amanda, sigue sin estar.

La busco, porque la sigo amando y confío que algún día, el abogado inteligente y cabrón se cansará de ella y le dirá también, "tenemos que hablar, Amanda", para contarle que ha conocido a otra que ésa sí es la mujer que él andaba buscando desde no sé cuándo. Sé que no es fácil decirle algo así a ella, ni que el abogado cabrón ése encuentre a otra que sea mejor, o que huela como ella huele.

Pero cada mañana, al despertar, la esperanza de que vuelva a mí, si el otro encuentra a alguna distinta porque no mejor..., la sigo conservando sin importarme el tiempo. Y volveré a ser su refugio, y hasta me convertiré en duro si ella lo desea, o seguir siendo ese hombre imperfecto que le dé todo, donde encuentre posible que cuando se quiere..., se ama.

*Yo sé que el tiempo es la brisa que dice a tu alma:
Ven hacia mí, así el día vendrá que amanece por ti...*

La luna de miel.

"Luna de Miel", by Gloria Lasso

F I N